



Una lección de vida

Karol Barrero

CAT Ibagué – Semestre VI
Lic. Lengua Castellana

Es tan sencillo tener 18 años y sentirnos grandes, maduros e incapaces de errar. Pero qué ilusos somos al pensar esto, realmente hoy sé que es necesario tropezar para entender y mejor aún para aprender sobre la vida; pues solo así comprenderemos que aquello que un día creímos que para nosotros era felicidad eterna, no era más que un bello momento. Somos inmaduros, aun siendo viejos eso se sabe, porque cada día aprendemos cosas nuevas, aquellas cosas que nos reiteran que todo se puede hacer mejor, sin pretextos. ¡Qué irónico!, llevo aproximadamente unos 5 años haciéndome la misma pregunta, aquella que me llevó a desglosar este tema; y hoy comprendo que es esa incógnita la esencia de la vida... Así, pues, descubro que la sencilla respuesta a ese porqué es simple: porque es necesario. Somos seres humanos y por naturaleza llenos de terquedad, nos duele aceptar que la opinión de otro, aunque esté justificada sea correcta, (siendo seres envidiosos e incrédulos).

Es ahí donde de la manera más tonta empezamos a sufrir, a equivocarnos con nuestras decisiones, a enfrentar consecuencias para las que aun por falta de entendimiento y quizás experiencia no estamos preparados. Entonces no maduramos por inteligencia autónoma, sino que la vida nos madura con sus golpes; algunos fuertes, que dan cambios drásticos para siempre. Otros más leves que solo

siendo razonables y coherentes nunca volveremos a repetir. Pero de eso se trata, de caernos y levantarnos cuantas veces sea necesario, hasta que encontremos el equilibrio que nos mantiene de un modo casi perfecto enfrentando cada día; qué aburridos serían nuestros días si todo siempre saliera como lo planeamos, no habría gracia alguna, todo sería rutinario y cansón. No valoraríamos cada momento, cada cosa, cada ser... nos perderíamos el hecho de conocer todo... y es ahí donde encuentro valiosa una frase que escuche a una persona muy importante en mi vida un día decir: “perder por conocer, no es perder”. Sobreentendiéndose que necesitamos saber qué es lo bueno y lo malo (y vivirlo) para así inclinar nuestro ser a uno de estos dos bandos; volviéndonos personas fructíferas o negativas. Decisión que por supuesto está en nuestras manos.

Deberían bastarnos las sabias palabras de “mamá” cuando nos da un consejo sobre algo y nos pone ejemplos reales con la esperanza de hacernos ver que se puede evitar un mal rato, pero no; nos empeñamos en buscar perfección en las nuestras; cuando a duras penas lo único que sabemos por instinto es equivocarnos, no en todo, pero en la mayoría de nuestros actos... Qué más da sino aferrarnos a Dios y a la vida asumiendo con fuerza y carácter las consecuencias que estos acarrear, llenándonos de moral para decir que, aunque hallan mil motivos para derrumbarnos debemos encontrar mil y uno para continuar. Mirar atrás y sonreír al recordar nuestras decisiones “estúpidas” y admirarnos por tener la capacidad de enmendarlas. De esto entonces se trata, pues el hecho de disfrutar y comprender la vida, algo tan sencillo al parecer, pero que tan solo el paso de los años nos hace aplicarlo en nuestro diario vivir. Y aunque nunca tenemos una vida perfecta,

debemos ser “magos” por decirlo así, para hacer que nuestro paso en este mundo no sea en vano, llenando de magia cada día no solo nuestras vidas sino también la de aquellos seres que nos rodean y estiman.

Es cuando se es joven que uno se enfrenta a la vida, y aquel momento que tanto anhelábamos que llegara de niños se nos convierte en una pesadilla. Comprendemos que cuando creíamos, el no llevar la tarea o tener poco dinero para el descanso era un problema, no era más que una bobada. Bobada que en ese tiempo nos quitaba el sueño, nos desesperaba y hasta nos hacía pensar que se nos derrumbaba el mundo; ¡que chistoso! de niños creer que tener cédula es la solución a todo, y de adultos extrañar por qué no disfrutamos de esos maravillosos e inocentes momentos. Deduciendo así que en la adultez es donde disfrutamos nuestra niñez y en nuestra niñez ansiábamos la adultez. Todo tiene su espacio y su tiempo, es verdad, pero no podemos engañarnos y debemos aceptar que en la vida todo llega y no precisamente en el mejor momento. Por ejemplo: cuando se es niño hay energía y tiempo, pero no hay dinero; en la juventud hay **energía y dinero, pero no hay tiempo**; y en la vejez hay dinero y tiempo, pero no hay energía. Triste, ¿no? Y qué hacer si son estos recuerdos y momentos los que nos hacen ver la vida de otra manera y nos permiten conocer el hecho por el cual no podemos comprender y disfrutar la vida a la vez.

Quizá en el momento en el que valoremos las “pequeñas” cosas, como el gozar de una cama a la hora de dormir, tener alimento a diario, una familia que nos ama o simplemente el hecho de tener la oportunidad de conocer este mundo; seremos capaces de disfrutar cada segundo, cada hora, cada día de la vida. Esta maravillosa oportunidad que solo se nos presenta una vez... así que olvidémonos de los “peros”, de los miedos y sobre todo del que dirán. ¡Claro! Todo con límite y lograremos conocer la felicidad, aquella palabrita que es tan fácil pronunciar y tan difícil sentir. Y no porque no poseamos oportunidades como muchos creemos, sino porque no somos capaces de disfrutar las cosas que nuestro des-

tino nos ofrece en el momento, ya que todo lo cuestionamos, a todo le vemos el lado malo; si son consejos, para nosotros son solo regaños y amarguras; y si son experiencias, peor aún, pues creemos que todo el mundo se ha puesto en contra nuestra, cuando lo único que realmente obtenemos son los resultados de nuestras acciones. Y vuelve y juega, y seguimos con esa necedad de imponernos como si fuéramos un todo poderoso, un superhéroe de caricatura a quien nada le aflige, creando así un caparazón o mejor una armadura que nos vuelve grotescos, seres antipáticos, faltos de humildad y sencillez; esa que tanto caracteriza a las personas que con lo poco que tienen disfrutan su vida y comprenden la razón de esta misma. Mientras unos nos quejamos porque no sabemos qué marca de gaseosa, de calzado o demás escoger. Otros irradian alegría al ver una simple gota de agua, un zapato viejo que se han encontrado y ahora cubrirá sus pies del frío de la noche y el calor del día... En este punto sé que aquella conocida frase que dice: “Para criar buenos hijos, estos deben tener un poco de sed y un poco de hambre”. Es más que sabia... pues cuando llegan las necesidades es más fácil para nosotros ser agradecidos y felices con lo poco que tenemos, en cambio cuando somos bendecidos y no pasamos ninguna necesidad nos regodeamos ante todo sin valorar, comprender y disfrutar la esencia de la vida, demostrando así ser seres masoquistas por naturaleza.

En ocasiones es increíble ver cómo nos ahogamos en nuestros problemas por pequeños que sean, nunca encontramos soluciones, nos dedicamos a quejarnos y lamentarnos sin ver más allá; creyendo que lo mejor es huir, hacer de cuenta que nunca sucedió y congelar el problema; olvidándonos que la vida es como una cadena alimenticia siempre se regresa a donde se inicia, es ley, o “karma” como muchos le llaman. Pero como sea, lo único cierto es que erramos una vez más, al pretender evadir lo que tenemos que vivir.

Bien dicen por ahí: “si es para ti, ni aunque te quites; y si no lo es ni aunque te pongas”. Este dicho nos hace reflexionar sobre el hecho de que siempre es necesario vivir cada situación tal cual

se nos presenta sin empeñarnos en forzar nuestro camino a una dirección que, quizás, por alguna poderosa razón no es lo mejor.

Entender que nunca es tarde para reaccionar, cambiar y valorar es el primer paso para alcanzar el equilibrio entre estas dos grandes facetas que he decidido especificar en este ensayo “comprender y disfrutar”. Con mi edad y poca experiencia en la vida sé que el mayor problema al que nos enfrentamos los seres humanos es la ansiedad. Aquella que nos hace preocuparnos por nuestro futuro sin permitirnos disfrutar el presente, y que solo nos da la opción de valorar el pasado, cerrándonos a la posibilidad de ver que las cosas que hoy tenemos no son para siempre: nuestra madre, por ejemplo. Qué mejor muestra de algo tan fugaz y maravilloso que solo comprendemos y valoramos cuando ya no está a nuestro lado. Tristemente ese ser que nos da la mano sin importar las adversidades es quien más sufre nuestra “patanería”, quien menos goza de nuestro amor. Lógicamente cuando la tenemos a nuestro lado, nos olvidamos que el tiempo pasa, que la vida avanza y los años no perdonan y mucho menos esperan a nadie.

Pero como se cambian los papeles cuando en vez de ser tú el hijo, ahora eres el padre. Ahí comprendes que aquel amor infinito lleno de prohibiciones y miedos no era más que un sentimiento desde lo más profundo del corazón, en pro del beneficio de ese ser que te hace “comprender y disfrutar la vida a la vez” con el solo hecho de existir. Ya que, aunque suene contradictorio, es en ese instante cuando imaginas que pasaría si ese ser sigue tus pisadas tal cual, el momento en que te das cuenta que no has sido el mejor ser del mundo, y que existió, existe y existirá siempre la posibilidad de ser mejor en todo.

Todo esto para demostrar que siempre son necesarios los golpes y cambios drásticos de la vida para poder comprenderla y disfrutarla; sin cuestiones y con intensidad, viviendo cada día como si fuese el último; teniendo la capacidad ética

y moral para guiar a otros o ¿porque no? Para guiarnos nosotros mismos, aunque suene loco ¡es posible! ... pues si nos detuviéramos y pensáramos en qué podría pasar si, antes de cada acción que realizamos, nos ahorraríamos muchas lágrimas, decepciones y sufrimientos.

A lo mejor un día alguien lo logre, y de suceder ese alguien estaría plenamente feliz siempre, me atrevo a afirmarlo. Porque es este el motivo por el cual no sonreímos a cada instante: porque no podemos disfrutar y comprender la vida a la vez.

No nos podemos olvidar que realmente la vida ocurre ahora; el pasado ya no existe y el futuro está por llegar. Sólo existe este instante fugaz que es imposible de apresar ya que fluye constantemente, pero en el que ocurre la vida. En este momento somos. Quienes fuimos en el pasado ya se diluyó, y no es más que un recuerdo filtrado a través de mil y una interpretaciones que hacemos. Quienes seremos en el futuro, está por venir, y por mucho que elucubremos y planeemos, el futuro siempre será distinto a lo que hemos pensado. Cabe resaltar que somos los únicos seres en este mundo capaces de mirar hacia atrás y comprender, y de mirar hacia delante para decidir nuestros pasos. Y es importante que utilicemos esta capacidad porque comprender el pasado nos ayuda a vivir mejor nuestro presente y a planear mejor nuestro futuro; y mirar hacia adelante nos permite ser en cierta medida arquitectos de nuestra vida.

Como en todo, creo que en el equilibrio está la sabiduría, aquel mismo equilibrio que mencioné en el segundo párrafo de este ensayo. El presente es el punto medio, el punto de equilibrio, desde el que nos podemos mover hacia delante o hacia atrás, pero, al fin y al cabo, el punto al que siempre volvemos porque si no lo hacemos y pasamos demasiado tiempo en el pasado o en el futuro, nos perdemos la vida, que única y exclusivamente ocurre en el ahora. Ya solo nos resta vivirla comprendiéndola y disfrutándola a la vez.